

HOMILÍA EN EL DOMINGO VI DE PASCUA, PASCUA DEL ENFERMO

En la S. A. I. Catedral, a 6 de mayo de 2018

Queridos amigos, que celebráis este domingo a Cristo resucitado que está vivo. De su vida brota la existencia en la fe, la esperanza y la caridad; de su amor, todo consuelo; de su corazón traspasado que nos une en el amor del Padre y del Espíritu Santo brotan los sacramentos de la Iglesia. Pocas cosas hay tan satisfactorias y profundas, en relación con el corazón del hombre, como escuchar a Jesús hablando de la esencia de la vida cristiana, que es el amor: “como el Padre me ha amado, así os amo yo; permaneced en mi amor.”. Estas palabras de Jesús se dan en el contexto de la Última Cena, la Institución de la Eucaristía y el Lavatorio de los pies, mostrando en este gesto el servicio de amor hacia el mundo, de su entrega “hasta el extremo”, redimiéndonos y dando la vida por nosotros. Aquí Jesús se explaya, con aquellos apóstoles emocionados y temblorosos al mismo tiempo, pues ya intuyen que se cierne sobre ellos la tragedia, la Pasión y la persecución. Pero Jesús, con la paz de Dios, les va abriendo el corazón, con un testamento espiritual que quedará siempre para los cristianos, y les promete el Espíritu Santo.

“Permaneced en mi amor”, les dice. No cabe duda de que el tema del amor es siempre actual. No hay nadie que se resista a hablar del amor. Hemos sido creados para amar. Lo llevamos impreso en nuestro ser porque somos Imagen de Dios, y Dios, que nos ha creado a su imagen y semejanza, ha puesto en nosotros este anhelo de eternidad, esta necesidad imperiosa del hombre que busca siempre la fuente que puede saciarle y que realmente está en Dios y brota de Dios. Muchos que no conocen a Dios o se apartan de Él necesariamente siguen buscando ese amor donde no se da y donde creen encontrarlo. Se bloquean en actitudes agresivas en las relaciones humanas, precisamente porque llevamos la necesidad de amor en nuestro corazón, en lo más íntimo de nosotros mismos. Entonces, cuando no se vive el amor verdadero, se mistifica, se pervierte, se buscan formas distintas que justifiquen nuestra sed de amor, pero reduciéndolo y a veces anulándolo con actitudes contradictorias.

Por eso, cuando Jesús mismo, el Hijo de Dios, nos habla del amor, nos toca el corazón. Él no quiere hacer un tratado de antropología ni de relaciones interpersonales; no es un catedrático que quiera vender un libro o demostrar una teoría. Jesús nos está diciendo la verdad de las cosas, y abriendo su corazón nos lleva a una experiencia fundante de la vida, que da sentido a todas las cosas. Nuestro mundo demuestra frecuentemente estar centrado en el narcisismo y el egoísmo, y por tanto, siendo incontenible ese deseo de amar, ve la dificultad del amor, que no cumple sus deseos. Tantos autores contemporáneos decepcionados con la vida nos invitan a sucedáneos egoístas que ponen en duda el amor. Es inexplicable cómo en un mundo hecho para amar es tan difícil mantener la fidelidad en la relación conyugal, comprometerse, ser leal en la amistad, coherente, honesto, consecuente... Hay una gran decepción, y al mismo tiempo una gran necesidad.

Nosotros somos cristianos, no porque creemos en cuatro fórmulas, sino porque hemos abierto el corazón a esta experiencia de Dios Amor. Y hay un primer rasgo que Jesús repite en estas palabras. “Cómo el Padre me ha amado...”. El que ama hace la voluntad del Padre como Jesús: “Yo no os llamo siervos, sino amigos”. Es decir, el amor que Jesús nos muestra tiene una sola fuente, y un fundamento divino. Es el amor de Dios. Nosotros hablamos continuamente de la caridad y de expresiones de misericordia que deberíamos vivir, como cristianos, como personas que intentamos ser buenos. Pero si desvinculamos la acción caritativa y misericordiosa de la fuente divina no iremos muy lejos. El amor cristiano es divino, es tan divino como humano, pues Dios es Amor, es la Caridad infinita que se ha hecho hombre, a pesar de su “categoría de Dios”, rebajándose hasta la muerte y una muerte de Cruz. El Señor nos muestra un amor verdadero y completo. Y ese amor divino, que tiene como fuente al Padre, se nos muestra con toda su grandeza divina en el Corazón de Jesús, en el Hijo de Dios, Amante, que ama con el Espíritu de Dios que lo une al Padre y ofrece este amor a todos los hombres.

“El que ama guardará mis mandamientos...”. Es otro de los aspectos de los que Jesús habla. Cuando hablamos de mandamientos parece estropearse la cosa. Las normas y los mandamientos tienen muy mala prensa, sobre todo en nuestro pensamiento occidental, herederos de una tradición jurídica del Derecho Romano. Pero cuando Jesús habla de los mandamientos está hablando de hacer la voluntad del Padre y el que ama va mucho más allá de los mandamientos. Es como una madre, no necesita que nadie le mande a cuidar a un hijo enfermo pues no podría hacer otra cosa si tiene buenos sentimientos.

Estas palabras de Jesús nos recuerdan una característica del cristiano: ha de estar en sintonía con la voluntad del Padre. Su voluntad se expresa en los mandamientos, pero además en las bienaventuranzas -lo vemos en la última Exhortación Apostólica del Papa Francisco sobre la santidad-, en las normas de la Iglesia, y en esos rasgos del Evangelio que nos hacen parecer más a Cristo, en las obras de misericordia, en tantos gestos incluso heroicos que vemos en la vida de los santos. Por tanto, nos llama a hacer lo que Él mismo ha hecho. Jesús no cumplía la voluntad del Padre como un “mandado”. Nadie le mandaba nada. Jesús dice, como anticipaba el salmista, “aquí estoy para hacer tu voluntad”, porque no puede hacerlo de otra forma y por eso te ofrezco mi vida. Dios “no quiere sacrificios ni ofrendas”, como las que se hacían en el templo. El amor de Jesús es el amor del Hijo que responde al amor infinito del Padre por la vida del mundo.

Es un amor paradójico, una locura de amor. El amor está loco, y lo entienden los que aman, y los que no aman lo tachan de locura. No se necesitan muchas explicaciones cuando se ama. Ni siquiera los sacrificios, los esfuerzos de la vida cristiana. Decía Andrés Frossard, converso francés y amigo de Pablo VI, que el que ama entiende todas las cosas sin grandes explicaciones. Un poco nos pasa a nosotros con Dios y la Iglesia. El que ama supera disquisiciones superficiales de estoy o no estoy de acuerdo. Cuando buscamos tanto nuestros intereses entramos en un proceso de descomposición del amor. El amor, si es verdadero, es un amor entregado y enamorado que, a través de las diversas etapas de la vida, llega a la paradoja y la locura de la entrega, del perdón, de la donación, de la vocación...

Precisamente ayer la Iglesia recordaba a San Pedro Nolasco. No sabía cómo ayudar a los esclavos ni prisioneros de las cárceles de su tiempo -estamos hablando del s. XIII-. Y se ofreció a la Virgen no solo para redimir a aquellos cautivos, sino que en la Congregación se cambiaban con prisioneros para ir en las galeras, remando, llevándose latigazos... Hoy vemos ejemplos maravillosos de caridad heroica en órdenes religiosas, misioneras, que trabajan con leprosos, enfermos de SIDA. ¿Por qué deja uno su casa, su porvenir, sus circunstancias lícitas de comodidad y seguridad? Porque el amor es loco, paradójico... Y por eso uno se hace cura, monja o se casa, o acepta un hijo enfermo... El otro día conocí a un matrimonio cristiano en el Campo de Gibraltar con seis niños adoptados, todos deficientes, porque ¿quién va a querer a estos niños?, me decían.

Esto solo se hace por la locura del amor. Por eso cuando Jesús nos dice: “amaos los unos a los otros, como yo os he amado”, nos está hablando de la fuente de la vida, del amor con el que Cristo nos entrega su vida y nos enseña a entregarla a nosotros. Hoy celebramos la Jornada Mundial del Enfermo, por eso habéis venido algunos representantes de esta delegación de pastoral de la salud y los que vais a recibir el sacramento de la Unción. En las circunstancias de la vida, muchas veces el amor y el dolor van de la mano. A veces es un dolor voluntario de entrega a los demás, o porque el Señor expresa así su voluntad. Decía un autor actual que la perla es una enfermedad de la ostra, y es que muchas veces hace falta un contratiempo, un dolor, para sacar nuestro amor. Cuántas veces el Señor nos pone a prueba con una circunstancia de la vida, con una enfermedad o situación que nos supera, donde encontramos más la providencia de Dios que nos invita a un amor crucificado, a ofrecernos, a entregarnos desde Él, conociendo la fecundidad de la Cruz de Cristo que nos ha redimido, que es lo que celebramos precisamente en Pascua. Lo que para muchos es indeseable se convierte en una fuente de bendición, amor y redención para el prójimo.

Ese mismo amor es el que nos invita a anunciar a Cristo a los demás, a la Evangelización, para que nadie se pierda este amor que el Señor nos ha traído, y que nos hace entender el puzle de la vida, que cuando falta la pieza clave, se vive mal. Por eso cuando ponemos a los demás en contacto con Cristo, se abre la inteligencia y el corazón y uno entiende que somos amados, que vivimos en el amor de Dios Providente que nos ama y está en todas las circunstancias de la vida. Nos sentimos realmente útiles y necesarios porque Dios ha querido deleitarnos con su amor, como discípulos y apóstoles, testigos y anunciadores de ese Amor que vive para siempre.

Tenemos que decirle hoy al Señor: Dios mío, ¿cómo me ves tu hoy a mí?; ¿cómo he recibido yo tu amor?; ¿qué hago yo con ese tesoro de amor en mi vida?; ¿cómo lo trasmito a los demás?; ¿cómo lo empleo para vivir? Dame, Señor, la altura de tu amor y tu gracia, que eso me basta. Amén.